

1º La palabra *púrpura* no envuelve la idea de un color único, sino de un género particular de tinte, para el cual se servían los Fenicios de colores animales, es decir, del licor de ciertas conchas, y que difería de otra especie de tinte, el vegetal, para el cual no empleaban más que plantas, *colores herbáceos*. En la primera clase se comprendían una infinidad de colores, pues que además de la púrpura ordinaria, que era la roja, había la blanca, la negra y de casi todos los otros matices (1).

2º Se conocen dos especies de conchillíferos empleados un tiempo en este tinte, el uno llamado *buccinum*, se hallaba en los escollos y las rocas: el otro denominado púrpura ó *pelagia* (la concha propiamente dicha) se pescaba con la red en el mar. La concha de estos dos moluscos terminaba en espiral, pero la del primero era de forma redonda, la otra de forma aguda, y las dos tenían tantas vueltas como años contaba el molusco.

Eran tan abundantes estas conchas, según Plinio, que cubrían, por decirlo así, no solo las playas de la Fenicia, sino también las del Mediterráneo y aun del Atlántico. Los países más afamados del Mediterráneo en punto á colores eran el Peloponeso y la Sicilia, y en el Océano la Gran Bretaña; pero la calidad de ellos variaba según las localidades; cosa que provenía de causas físicas. Las conchas del Atlántico suministraban el licor más negro; las de la costa de Italia y Sicilia el más hermoso de violeta; y en fin, las de Fenicia el más estimado color de amapola. Pero los Fenicios no empleaban el licor de toda la concha, contentándose con exprimir una vena ó vejiga blanca que tenía al cuello, llena de un líquido ó materia colorante, que Aristóteles, y á su ejemplo Plinio, han llamado flor: el remanente lo arrojaban como inútil (2).

3º Este tinte, como es fácil conocer, no pudo perfeccionarse y difundirse sino insensiblemente; pero es de creer que los Fenicios lo usaran los primeros, pues que el Hércules tirio pasó por ser su inventor, y porque la naturaleza de sus países, donde los crustáceos se hallaban en gran cantidad, debió de conducirlos naturalmente á este descubrimiento. Sin embargo, no fueron propiedad suya exclusiva las tintorerías de púrpura; pero su gran habilidad, como también la calidad superior de sus conchas, los pusieron en situación de elevar esta industria á perfección mayor, y de no temer competencia alguna. En ninguna parte se teñía tan bien de púrpura, de color de amapola y de violeta como en Tiro; las túnicas así teñidas fueron de moda entre los grandes y las clases elevadas de la sociedad, lo que muestra la inmensa extensión que debió de adquirir este ramo de industria entre los Fenicios.

4º En fin, aunque se teñían de púrpura todas las telas de algodón, de lino y de seda, este género de tinte estaba reservado con preferencia para la lana. Los Fenicios recibían de los pueblos errantes, sus vecinos, una lana finísima y excelente, y esto les proporcionó los medios de elevar mucho el precio de sus tejidos, por la excelencia de la tela y del color. Teñían la lana dos veces seguidas (*púrpura dibaphæ*), y le daban el color de amapola ó de violeta, empleando diferentes especies de púrpura, y variando los procedimientos (3). La belleza, la finura y la solidez eran las cualidades ordinarias de las telas de púrpura. Los

(1) Amati l. c., cuenta nueve colores simples de púrpura, desde el blanco puro hasta el negro, y cinco mezclados. Los primeros son el negro, el gris (*lividus*), el de violeta, el rojo, el azul oscuro ó claro, el rojizo y el blanco.

(2) PLINIO IX, 36. AMATI l. c., p. 30.

(3) Se comprende fácilmente que la belleza y variedad de los colores no dependían solo de la diversidad de las conchas que los producían, sino de su preparación y mezcla. Así, para obtener la púrpura roja oscura, empapaban la lana en el licor de la púrpura y después que estaba peinada en el del *buccinum*; y para obtener el color de violeta se ser-

Fenicios tenían además el talento de dar á este color cierto lustre variable, que le hacía reflejar diferentes matices, y que parece tuvo para ellos muchos atractivos. No hay que maravillarse de esto, porque en todo tiempo lo que resplandece y brilla, ha sido buscado lo mismo por el vulgo que por los pueblos incultos.

Las tintorerías no podían existir sin las manufacturas de tejidos. Como la mayor parte de las telas que teñían de púrpura los Fenicios eran de lana, se puede asegurar que las que enviaban á los extranjeros, eran fabricadas por ellos mismos. Las manufacturas más antiguas de este género, fueron las de Sidon, pues siempre se refiere Homero á las túnicas de esta ciudad (1); pero también se establecieron en seguida en toda la Fenicia, y especialmente en Tiro. Lástima es que la Historia no nos haya conservado nociones más positivas acerca de estas manufacturas.

HEEREN, *Ideas sobre la política y el comercio de los antiguos*, t. II.

Además de la púrpura, que podemos llamar marina, había la terrestre, hecha no ya con la cochinilla de cacto de Méjico, desconocida de los antiguos, sino con los insectillos del *zoxox* ó kermes que vive en los robles, y que Sicilia Itálica denomina *cinnyphus coccus*.

(M) pág. 293.

CAMINOS COMERCIALES.

Grandes caminos terrestres.

I. Caminos de las caravanas arábigo-fenicias.

Se dirigían á Petra en la Arabia Septentrional, y de allí á Fenicia.

1. La existencia del camino de la Arabia Feliz á Petra está confirmada por Estrabon (p. 1113), que determina tanto la dirección como las jornadas que se necesitaban para recorrerlo.

2. El camino de la Arabia Feliz á Gerra fué igualmente conocido de Estrabon, que indica el número de los días que en él se invertían. El *Albus pagus* (*λευκη κοπή*) por donde aquel pasa, según el doctor Seetzen (*Monatl. Corresp.* 1813, enero, pág. 75), debe este nombre á la blancura de sus montañas. Ezequiel y otros profetas nos dicen que se mantenían relaciones con todos los lugares de este país.

3. Sobre el camino de Gerra á Tiro no sabemos nada de positivo; pero no puede ponerse en duda su existencia, pues que por una parte se dice de Gerra que era una rica ciudad comercial, y por otra los testimonios de su comercio continental se hallan expuestos en Agatárquides (*Geogr. min.* 1. 60) y Estrabon (p. 1110). Los profetas hablan de sus relaciones con Tiro (*Ezequiel xxvii, 13, é Is. xxi, 13*), y se admite como cierto que el Dedan de los últimos era una de las islas inmediatas á Gerra en el Golfo Pérsico (probablemente una de las Baharein). La dirección del camino de Gerra á Tiro es, sin embargo, incierta. Este camino dividía en dos mitades iguales el gran desierto de la Arabia moderna; las vías comerciales partían de Heyar, atravesaban la fértil Neged, y se dirigían siguiendo la línea occidental hacia la Meca, la antigua Massoraba. (Según SEETZEN *Monatl. Corresp.*, 1813, set., p. 244, este camino era de treinta jornadas para las caravanas, y pasaba por muchos lugares; pero el que se dirigía á Medina atravesaba un desierto). En tal caso probablemente se reuniría el camino con el del Yemen, lo cual lo hacía más largo, pero menos peligroso.

4. Camino para el Egipto, y especialmente para Méfis. La existencia del comercio entre la Fenicia y

vian del procedimiento contrario. Era menester cierto número de operaciones para fijar el grado de coadura del color.

(1) Véanse *Iliada* VI, 291; *Odisea* XV, 424.

Cartago y este país no admite duda alguna, y evidentemente es aun aquel un camino de caravanas, con las mismas paradas que hoy se hacen. Las indicaciones de Herodoto demuestran verdaderamente que era el camino comercial entre el Alto Egipto y el Fezzan, entre Cartago y estos países, llegando hasta las playas del Níger. (V. HEEREN *Ideas*, etc. de los Cartagineses.) Partiendo del Egipto atraviesa este camino el desierto de la Tebáida, conduce hasta el templo de Ammon, después pasa por el desierto de Barca y los países áridos de los montes Araduse, y llega al Fezzan, donde se pierde en las tierras que hoy forman los reinos de Kasna y Bornú. Es demasiado pretender exactitud de distancias y jornadas en la narración de Herodoto; pero á pesar de esto concuerda maravillosamente con la de Hornemann, el cual recorrió el mismo camino, que sin embargo parte ahora del Cairo, no ya de Tébas, punto de reunión de las caravanas en tiempo de Herodoto.

El templo de Ammon era á la vez un santuario, tanto más enriquecido cuanto mayores eran los peligros superados por quienes á él llegaban, y una parada para las caravanas situada entre la Nigricia y el África Septentrional.

¿Pero dónde estaba este templo de Ammon? Brown el primero, luego Hornemann, descubrieron las ruinas de un templo que á primera vista reconocieron por el de Ammon, y que estaban junto á la población que hoy se llama Siwah, lo que se confirmó mucho más por el general Minutoli (*). Las muchas catacumbas que hay en sus alrededores y las momias que llenan con sus reliquias las colinas cercanas, confirman lo que los antiguos habían ya dicho, á saber, que no era el santuario de Ammon solo un templo, sino un estado pequeño, fundado por los Egipcios y los Etiopes juntos, con un rey particular. El oasis tiene unas doscientas millas de longitud; pero solo tres de anchura, y el terreno es feraz. Forma todavía hoy un estado de cuatro á cinco ciudades, entre las cuales Kebir, que es la mayor, está gobernada por jefes particulares, y solo en el año 1826 se sometió al virey de Egipto. Minutoli, en la lámina xi de su viaje, da el plano de las ruinas del templo, que los naturales llaman aun *Birbe* (templo) ó *Umeleda*, y están cubiertas de jeroglíficos hasta ahora indecifrables, y de bajos relieves á la manera de los de Tébas, con la procesion y la nave sagrada, ritual en el culto de Ammon; también se distinguen la fuente y la sal perfectamente.

No disimularemos, sin embargo, que mientras Herodoto coloca el templo de Ammon á diez jornadas de Tébas, Siwah dista veinte por lo menos, si calculamos las jornadas de las caravanas á seis ó siete leguas cada una. Acaso el autor griego omitió alguna jornada.

5. El camino por donde los Fenicios hacían su comercio con la Armenia y los países del Cáucaso, no está determinado por ningún autor. Como por allí no hay países habitados y cultos, no ha existido verosímilmente camino común.

II. Caminos de las caravanas babilónico-persas.

A. Caminos por el Asia Occidental.

1. No es dudosa la existencia del camino de la Lidia á Susa en Persia, pues que Herodoto (V. 32) describe su dirección y el número de sus jornadas. Este historiador calcula en ciento once el número de puntos de descanso; pero en las indicaciones parciales que hace no ascienden más que á ochenta y uno. ¿Se engañó al hacer la suma, ó es falta del copista? No es posible resolver tal cuestión.

(*) V. la n.ºta del trad. pág. 247.

2. El camino de Babilonia á la Fenicia no está en ninguna parte indicado, y acaso existían muchos. Dos razones hacen no obstante suponer que aquel pasaba por Palmira: primera, el ser el camino más natural, porque de otra manera se habría debido rodear mucho hacia el Norte, ó pasar por un vasto desierto enteramente desprovisto de agua; segunda, el ser Palmira ciudad ya antigua, que, considerando su posición, no puede haber tenido al principio más destino que el de servir de punto de descanso á las caravanas. El camino iba después á Tapsaco, la más importante ciudad comercial del Eufrates, cuyo río se pasaba por Circesio, dirigiéndose en fin hacia el Sur por el Muro medo, y terminando en Babilonia.

3. El camino de Babilonia á la Siria está exactamente indicado en Estrabon, p. 1804. Era un verdadero camino de caravanas, porque estas solas podían seguirlo, siendo forzoso atravesar la Mesopotamia, desierto lleno de hordas errantes, á quienes se compraba el paso. Atravesando la Siria pasaba por Antemusia á orillas del Eufrates que se cruzaba por este sitio: de allí se dirigía por Bambia á Edesa, y después á distancia de tres días del río, por las llanuras pobladas de los Chenitas errantes y provistas de algunas cisternas, á la ciudad de Chene en la frontera de Babilonia á diez y ocho escenos (veinticinco leguas) de Seleucia en las orillas del Tigris. Se pretende que este camino fué en otro tiempo frecuentado por los Fenicios; pero no citando Estrabon las autoridades en que se apoya, no sabemos á que época pertenece.

B. Caminos por el Asia Oriental.

Camino de Babilonia y de Susa á la India. Se puede considerar como uno solo el camino que partía de las dos capitales; había entre ambos fáciles comunicaciones, y el que iba de la una á la otra atravesaba países pobladísimos y muy cultos. (ARRIANO III, 16). Pero los caminos de esta ciudad hacia los países situados á orillas del Indo no podían en verdad ir derechos hacia el Este, porque habría sido menester cruzar el gran desierto entre la Persia y la Média. Léjos de esto el camino principal pasaba por la Média, dejando al Norte el desierto: seguía, pues, primeramente por la orilla izquierda del Tigris el camino real maestro, dado á conocer por Herodoto, que conducía al Asia Menor, y se reunía en la frontera de la Média con el camino de la India, cuyos principales puntos de descanso han trazado Estrabon y Plinio. Estos dos autores tomaron sus datos de las fuentes más antiguas; aquel de Eratóstenes, y este de las relaciones de los compañeros de Alejandro, ó sea de los geógrafos Bcton y Diogneto (*Βηρυτισταί, itinerum dimensiones*) agregados al ejército del rey. No se puede, pues, dudar ni de la dirección ni de la antigüedad de este camino; si bien es difícil fijar la posición exacta de todos los lugares que atravesaba, porque las cifras están frecuentemente falseadas en los autores, y nuestras cartas modernas de estas regiones son defectuosísimas. Los indicios más exactos se encuentran en la obra de MANNERT, t. v, parte II.

Al salir de la Mesopotamia se dirigía el camino por el 36º de latitud Norte, recto siempre hacia Echatana, capital de la Média, (TOLEMO, I, 22), y de allí por Rages hacia las Puertas Caspias (*Πύλαι Κασπίαι*). Todo lo que del Occidente del Asia se trasportaba hacia el Oriente debía pasar por estos estrechos, porque más al Norte el camino se hacía intransitable á causa de las montañas hircanias y de sus habitantes, y al Sur principiaba el desierto. Es, pues, importante determinar la posición de estos estrechos, que por fortuna no está sujeta á controversia. En efecto, se encuentran en las montañas Caspias, y separan la Média del Aria hacia el 35º de latitud, y 51º de longitud,

donde están indicados en los mapas. (V. MANNERT, VI, II, 173; el mapa de RENNEL; una disertación de WALKENAEER sobre las Puertas Caspias, Caucásicas, Sármatas, y Albanesas, inserta en el t. VII de las Mem. de la Academia de las Inscripciones y Bellas Letras, y J. KLAPROTH, *Reise in den Caucasus*. Berlin 1812). Según Plinio VI, 17, el camino era estrechísimo, pasaba al través de las rocas, y tenía ocho millas romanas de largo.

Desde el otro lado de las Puertas Caspias se trasladaban á Hecatónpilos en la Partia, á Alejandría en

PLINIO.	
Hecatónpilos.	133 millas rom.
Alejandría en Aria.	566
Proftasia.	199
Aracot.	515
Ortospana.	250
Alejandría.	50
Peucela del Indo.	227
	1940
	647 leguas.

La diferencia es muy poca, pero Plinio observa que varían las indicaciones de los manuscritos, como nos lo prueban también nuestros manuscritos modernos. (V. SALMAS. *Exercit. Plin.*, p. 356.) El total de seiscientos treinta y cinco leguas parece, sin embargo, excesivo, pues que según la situación de los lugares en los mapas modernos no excedía de quinientas. Pero nuestros conocimientos geográficos no son aun bastante exactos para poner de acuerdo todas las medidas.

El primer punto de parada era *Hecatónpilos*, capital de los Partos, y la incertidumbre de las medidas no ha permitido fijar su situación sino confusamente. El nombre de *Cien Puertas* es sin duda griego y provenía, según Plinio, de la confluencia de otros tantos caminos. Este punto debió, pues, ser importante para el comercio de tránsito.

La segunda es *Alejandría en Aria*. Estrabon dice expresamente (p. 4053), que el camino es uno hasta allí; pero que se divide en dos brazos, de los cuales el primero conduce á la Bactriana, y el otro con inclinación al Sur se dirige hácia el Indo. Sería de desear que se pudiera determinar exactamente la posición de Alejandría; pero el único dato que poseemos es, que esta ciudad estaba á quinientas sesenta y seis millas al Este de Hecatónpilos, y situada á orillas del río Ario (PLIN. VI, 23), que desemboca en el lago del mismo nombre (hoy Zere). Es menester, por tanto, buscarla al Norte ó por el Este del lago; y pues que (según Estrabon, p. 4084) el camino que á ella conducía era todo recto, y se hallaba poco mas ó menos bajo la misma latitud que las Puertas Caspias, puede creerse que es la antigua capital Artacoane y la Herat moderna. De allí el camino torcía hácia el Sur para conducir á la tercera estación *Proftasia*, en el país de los Drangos, que acaso es el Zarang actual. La distancia, según los dos autores citados, era de cerca de setenta leguas. La siguiente estación era *Aracot*, en el país del mismo nombre, que se ha conservado en la actual Arocayo. Su posición no puede determinarse á punto cierto, como tampoco puede explicarse sin un conocimiento mas minucioso del país y sus habitantes, por qué se inclinaba tanto el camino hácia el Sur. Esta inclinación cesaba, siguiendo por el Norte hácia Ortospana y Alejandría, distantes entre sí muy pocas leguas. Esta Alejandría era la ciudad del mismo nombre situada al pié del Paropamis, por la cual le dieron el sobrenombre de *Alejandría del Paropamis*. Alguna vez se ha tomado esta ciudad por el Candahar actual; pero, según las geografías

Aria, á Proftasia en el país de los Drangos, á Aracot y Ortospana hasta el Indo. En cuanto á estos puntos de descanso, se hallan de acuerdo perfectamente los datos de Eratóstenes en Estrabon (p. 782 y 1053), de Beton y de Diogneto en Plinio (VI, 17, 21); pero difieren alguna vez en la determinación de los demás puntos de parada, y no siempre es fácil fijar su posición. Sin embargo, la diferencia es poco sensible respecto de toda la longitud del camino desde las Puertas Caspias hasta el Indo. Las distancias desde las Puertas Caspias se han fijado del modo siguiente por los dos autores:

ESTRABON.	
1,960 estadios.	245 millas romanas.
4,530	566 1/2
1,608	200
4,120	515
2,000	250
1,000	125
13,210 estadios.	1,901 1/2
	635 leguas.

modernas, es verosímil que Ortospana fuese la antigua Alejandría situada cerca de diez y siete leguas al Sur del Candahar. (V. MANNERT, t. II, p. 85.) Era un punto de descanso importante para el comercio, porque el camino de la Bactriana llegaba hasta allí, y allí se reunían tres caminos (ή ἐκ Βάκτρων τριόδος). Desde allí, atrevesando el río Coes, se llegaba á Peucela y Taxila, por donde se pasaba ordinariamente el Indo para entrar en la India.

III. Caminos por la Bactriana y Samarcanda.

1. El camino del Asia Occidental á la Bactriana hasta Alejandría en Aria seguía el de la India; desde allí girando hácia la Bactriana corría tres mil, ó según otra versión, dos mil ochocientos sesenta estadios, y continuando por Maracanda hasta el Yaxártes, cinco mil estadios, y luego concluía en la frontera del Asia Central ó de la Gran Tartaria, habitada por los Isedones ó Masagetas. (Estrabon, pág. 782.)

2. Camino de la Bactriana á la India. Estrabon (página 4033) considera este camino como una continuación del anterior, y dice que era frecuentado igualmente por los que viniendo de la Média por las Puertas Caspias, habían llegado á Alejandría de Aria y deseaban evitar el camino meridional, mas largo á causa de sus curvas. El camino iba desde la Bactriana al Sur del Paropamis, y se reunía en Ortospana con el otro de la India, lo que hizo llamar á esta ciudad *Trivio de Bactriana*. Se puede inferir de esto, que además de los dos caminos que conducían á la India y á la Bactriana, había otro que se dirigía hácia el Sur del Indo; pero esto solo es una conjetura, porque propiamente se forma un *trivio* en Ortospana, si consideramos á esta ciudad como el centro de los caminos de la India, la Bactriana y el Asia Occidental.

3. El camino de la Bactriana á la pequeña Bucaria y á Sérica lo señala Clésias cuando habla de las caravanas indias del pequeño Tibet; y este escritor establece de un modo tan evidente las relaciones comerciales entre los Bactrianos ó Indios, que no hemos menester otras pruebas de la existencia del camino procedente de la Bactriana. Reuníase este con el que venía de la India, y los dos tenían una estación principal cerca de la Torre de Piedra, que se hallaba á los 42° de latitud como Bizancio y la capital de los Séres. Respecto del camino de Sérica al Ganges solo tenemos conjeturas.

IV. Camino comercial por el Asia Central.

La existencia de este camino que iba desde las ciudades griegas á orillas del Mar Negro por los montes Urales hasta los Agripinos ó Calmucos en la Gran Tartaria, se funda en las relaciones de Herodoto, y sobre todo en el pasaje del libro IV, 24. Creemos que se prolongaba mas allá de los confines de los Isedones, porque este pueblo traficante, fronterizo á Sérica, debía tener relaciones con sus habitantes que mantenían gran comercio con los otros pueblos. Extendiéndose los Isedones al Este hasta Sérica y al Sur hasta el Yaxártes, donde concluía el camino de las caravanas procedentes de la India, mencionado mas arriba según Estrabon, se ve claramente por cuál de ellos se verificaba el cambio de las mercancías del Oriente y del Mediodía del Asia. ¿Cómo habria podido adquirir Herodoto conocimiento exacto de los mismos pueblos desparramados como nómadas en la Sogdiana, si no hubiese habido comercio?

Viajes marítimos.

La navegación de los mares asiáticos se limitaba antiguamente á los Golfos Arábigo y Pérsico y al Mar de las Indias. No puede dudar de estos viajes el que considere las circunstancias que los hacían fáciles, por verificarse ordinariamente siguiendo las costas, por ser pequeñas las distancias, y por hallarse en fin favorecidos con vientos periódicos. La dirección de estos explica cuán ventajosos eran estos caminos en las diferentes estaciones, para los viajes que se hacían por la península aquende el Ganges, y para los de regreso.

El puerto Barigaza (Beroach) era el principal en tiempo del Periplo. Pero además Pactala, en el Delta del Indo, parece haber sido desde tiempos muy remotos una plaza importante, y se presenta como tal en las expediciones de Alejandría. Es de creer que la navegación de este puerto á Trapobana ó Ceilan, y por la costa oriental de la península hasta el Ganges, no fuese mas que un simple cabotaje.

Véase principalmente á HEEREX, *Ideas sobre el comercio y la política de los antiguos*, apéndice al tom. III.

(N) pág. 306.

DEL CONSEJO DE LOS ANFICIONES Y DEL ORÁCULO DE DÉLFOS.

Además de las fiestas generales, cada pueblo de Grecia las tenía particulares, que en época fija, y en algun templo comun, se celebraban por la asamblea del mismo pueblo. Estas asambleas por componerse casi todas de los pueblos inmediatos al templo, se llamaban *ἀμφικτιονία* ó *ἀμφικτιονία*, *Amphictiona* ó *Amphyctionia*, y había muchas para toda la Grecia (1), aun cuando de bastantes no queda mas memoria que el nombre. Así hubo una anficionia de los Dorios en el Peloponeso, con fiestas comunes en no sé qué templo argivo; una de los Beocios celebraba la solemnidad de Neptuno cerca de Onquesto; la de los Hermonios, Epidaurios, Eginetas, Atenenses, Prasienses, Nauplios, y Beocios de Orcomene, tenía sus reuniones en Calauria, en el templo de Neptuno; la de los Jonios se congregaba de cuatro en cuatro años en Délos, adonde acudían los habitantes de las islas del Asia y del Ática. La teoría de cada ciudad ofrecía ritos á Apolo con pompa y juegos solemnes; y todos en

(1) Véanse SAINTE-CROIX, *Des anciens gouvernements fédératifs*, Paris 1804, p. 115.

HULMANN, *Anfänge der griech. Gesch.* p. 461-488. WACHSMUTH I. 4, p. 406.

comun cuidaban del templo de Délos, administrando sus bienes y rentas por medio de delegados.

La mas insigne entre todas fué la de los pueblos que por antonomasia llamamos anficiones, cuya asamblea se celebraba dos veces al año en Délos y en las Termópilas; por la cual la Anficionia se llamaba Délfica ó Pilaica. Se cree que trae esta su origen de Anficion, héroe fabuloso (1), hermano ó hijo de Heleno; y después fué renovada y organizada por Aerisio, rey de los Argivos (2). Tomaban parte en ella doce pueblos ó gentes: los Focenses, Locenses, Dólopes, Enianos ó Eteos, Aqueos Ftiotas (3), Malienses, Magnésios, Perrebos, Tesalios, Beocios, Dorios y Jonios. Estos últimos, según parece, no fueron admitidos sino después que los colonos de la Tesalia, procedentes de las regiones vecinas al Parnaso, comunicaron á aquellos pueblos los ritos de Apolo Pitio. Los Tesalios entraron en la Anficionia, á lo que creo, cuando desde la Tesprotia atravesaron el Pindo y se establecieron en la Tesalia. Todos los demás habitaron antiguamente las dos pendientes del monte Oeta, por la parte superior hácia la Tesalia, y por la inferior hasta el Golfo de Crissa, en países poco lejanos, hasta que los Beocios, arrojados por los Tesalios ocuparon la Beocia, los Dorios el Peloponeso, y luego algunas islas del Mar Egeo y parte del Asia. Puede conjeturarse, no decirse con certeza, la razón que pudo inducir á estos doce pueblos á asociarse, y á promover el culto comun de Apolo Pitio (4). Solo añadiremos que en el año III de la Olimpiada CVIII, los Focenses y los Lacedemonios fueron excluidos de la Anficionia, y admitidos los Macedonios; y después aquellos volvieron á figurar en este consejo (5).

Era comun á los Anficiones el culto de Apolo Pitio y de Ceres Anficionida, el primero de los cuales tenía su templo en Délos, y la otra en Antela, país de los Malienses. Allí celebraban su reunion los Anficiones dos veces al año; cuidaban de los ritos comunes, principalmente de la custodia del templo délfico, de sus derechos y santidad; y de comun acuerdo castigaban las culpas que contra ellos se hubiesen cometido (6).

(1) Que el personaje era falso, y el nombre derivado de *ἀμφικτιον*, esto es, *περικτιον*, con leve variación, lo conocieron ya los antiguos. Véase *Anaximen*. ap. *Hierocrat*, etc.

(2) V. Müller, Dor. I.

(3) Que no tomaron parte en ella los Aqueos del Peloponeso lo indica el hallar siempre nombrados *Φθιωται*, ó *Αχαιοφθιωται*.

(4) Confer. TITMANN p. 111-118.

MÜLLER, Dor. I, p. 261.

WACHSMUTH I, p. 117-118. Es sin embargo cierto que no todos los Griegos eran admitidos en estas asambleas, por lo cual es impropia la denominación que les dan algunos de asambleas de los Griegos. Hüllmann opina que el nombre de Helenos no indicaba al principio un pueblo sino la liga, y que así se llamaron de aquel modo todos los que pertenecían á la Anficionia, y Pelasgos los que no correspondían á ella.

(5) De los Focenses hablamos en nuestra narración; de los Lacedemonios consta lo que hemos dicho por Justino XXIV, 1.

(6) Notabilísimo es un mármol en Choiseul (*Corp. Inscr.* I, n.º 1688), donde están marcados algunos derechos y los deberes de los Anficiones, especialmente para la custodia de los ritos y de los campos de Apolo, la conservación de los caminos y los puntos que conducían al templo de Délos; y donde se prescriben también los preceptos para la tregua y los juegos pitios. De este mármol y de Esquines (*in Clesif.*) deducimos que los Anficiones tenían además á su cargo lo correspondiente al culto de Latona, Diana y Minerva Pronca. V. TITMANN p. 99-111. En Esquines (*Def. leg.* p. 284) se halla el juramento de los Anficiones: *καὶ εἰν τις ἡ σὺλα τὰ τοῦ θεοῦ ἡ συνείδητι ἢ βούλευσιν τι κατὰ τῶν ἐν τῷ ἱερῷ τιμωρησείν καὶ ποδὶ καὶ χεὶρι καὶ φωνῇ καὶ πατρὶ δυνάμει*. De aquí procedieron las guerras contra los de Crissa por haber ocupado los terrenos del templo y exigido contra las leyes anficionicas un derecho de tránsito á los que iban á Délos; contra los Focenses por haber invadido los terrenos y el tem-

Después de la Olimpiada XLVIII tuvieron también la superintendencia de los juegos Pitios.

Además correspondía á los Anfictiones cierta inspección sobre el derecho de gentes, que debían observar los pueblos de la Liga, y que constaba en ciertas leyes anfictiónicas (1): por tanto tenían una especie de jurisdicción cuando se les sometía alguna controversia entre pueblos ó algun caso de violación del derecho público; y si era necesario, decretaban la pena contra los reyes, á quienes hacían la guerra para ejecutarla (2).

Pero siendo las ciudades entre sí tan desiguales en fuerza; teniendo algunas gran riqueza y poder, al paso que otras eran débiles y con trabajo podían defenderse dentro de sus estrechos límites; y estando sometidas á una dominación extraña (3), no es maravilla que los más poderosos se burlaran de los fallos anfictiónicos, y que no los observaran sino aquellos á quienes fácilmente se podía compeler á ello con la fuerza. Ni entre las cuestiones de las ciudades mayores aparece que interpusiesen los Anfictiones su autoridad, y otras ponían sus controversias en manos de otros árbitros.

Muchas fueron las causas de tan escasa autoridad, pero la principal era el método observado en la composición de la asamblea misma y en la emisión de los votos; porque teniendo la ciudad más pequeña, aun cuando fuese sierva, tanto derecho como las más grandes y poderosas, cada una de las cuales casi valía más que todas las otras juntas, no se la podía hacer fácilmente que aceptase los decretos de estas. En efecto, todo pueblo daba dos votos, y siendo muchas las ciudades de un solo pueblo, en todo tiempo asistían á la Dieta diputados de dos de estas, como entre los Dorios, los de Cítino y Esparta; entre los Jonios, los de Atenas y Eretria ó de Priene; y es cosa averiguada que el derecho de enviar representantes se compartía con cierto orden entre las ciudades del mismo pueblo.

Dos reuniones había todos los años, una en la primavera y otra en el otoño, y parece que en ambas se verificaban siempre en las Termópilas y en Delfos. Los diputados se llamaban *hieromnémonos*, y luego se les agregaron los *pitágoros*, concurriendo de aquellos uno por ciudad, y de estos muchos. Unos y otros asistían á las asambleas y tomaban parte en los consejos, pero el voto á nombre de las ciudades no se daba sino por los hieromnémonos, uno de los cuales hacía las veces de presidente. También hallamos mencionadas las *eclesias*, ó reuniones de toda la multitud que de las ciudades anfictiónicas acudía á Delfos. Los hieromnémonos las convocaban para deliberar ó consultar, ó bien para notificarles los decretos del congreso, y que se obligasen inmediatamente á ejecutarlos cuando el caso lo exigía. Sabemos además positivamente que concurría mucha gente á Delfos en la época de la celebración de la Dieta.

Subsistió el consejo de los Anfictiones aun después de haber acabado los Romanos con la libertad griega (4),

plo mismo: contra los Aensesisios por hallarse en el mismo caso que los de Crissa, y finalmente contra los Etolios. De todas estas guerras hablamos en su lugar.

(1) *Νομοὶ ἀμφικτυονικοί*. DIONIS A. ROM. VI, 25. POLIB. IV, 25. Una de estas consta por el juramento tomado de Esquines (*De f. leg.*): *μηδέμιν πόλιν τῶν ἀμφικτυονιδῶν ἀναστατον ποιῆσαι μηδ' ὕδατων ναματιαίων εἶρξαι, μηδ' ἐν πολέμῳ μηδ' ἐν εἰρήνῃ, εἰν δε τις ταῦτα παραβῆ στρατεύσειν, καὶ τὰς πόλεις ἀναστήσειν.*

(2) *Δίκαι ἀμφικτυονικαὶ ὅσαι πόλεις πρὸς πόλεις εἰσιν*. STRAB. IX, 3. Por eso se llama á los Anfictiones *Οἱ ἐκ πόλεων ἀρετοὶ δίκασται* (TIMEO *lex. Plat.*). Alguna vez también decretaban premios para los beneméritos. V. TITMANN p. 126.

(3) Como los Jonios á los Atenienses; los Magnesios, los Perreos y los Aqueos Pitios á los Tesalios.

(4) Alguna vez al principio, los Etolios, apoderados de Delfos, se arrogaron el derecho de formar por sí solos la

porque si bien L. Mumio suprimió esta y las demás reuniones de los Griegos fueron no obstante, poco á poco restableciéndose; y sabemos que Augusto organizó de diferentes modos las asambleas, y dispuso que reuniesen en todo treinta diputados enviados parte por las ciudades y parte por los pueblos, de los cuales unos nombraban uno solo, y otros dos (1).

No se debe diferenciar de los Anfictiones el oráculo de Delfos, tanto porque tenía íntima conexión con sus asambleas, y era grandemente venerado de todos los Griegos (2), como por su mucha autoridad para establecer los derechos y las leyes de las ciudades, y moderar con sus consejos el ardor de los que se proponían acometer arriesgadas empresas. En efecto, aunque hubo muchos oráculos en toda la Grecia, y algunos también muy venerados, entre todos sobresalía extraordinariamente el delfico por su gloria y reputación. Su origen se pierde en la fabulosa antigüedad (3), y parece cierto que antes que los Helenos emigraran de la Tesalia, hubo en el Parnaso un oráculo celebrado por la religión de los naturales, y después consagrado á Apolo por los Helenos, y principalmente por los Dorios (4). Instituido después el consejo de los Anfictiones, y adoptado por todos el culto del Apolo Delfico ó Pitio, tanto más crecieron necesariamente la fama y la veneración del oráculo, cuanto más se difundieron los pueblos anfictiónicos por lejanas colonias.

Y así como se dice que la emigración de los Dorios al Peloponeso no se hizo sino por consejo del oráculo Delfico, del mismo modo no se expidieron en lo sucesivo colonias ni de dicho país ni de otros sin consultar á Apolo, y aun muchas de ellas fueron sugeridas por el oráculo. Su autoridad era venerada especialmente por los Dorios y sobre todo por los Espartanos, porque aprobó la división del reino entre dos Heráclidas, y todo el código de las leyes de Licurgo. Los Espartanos no emprendían guerra, ni hacían innovación, ni tomaban determinación alguna importante sin obtener de antemano la aprobación del oráculo. ¿Qué más? por consejo del oráculo se derogó ó confirmó alguna vez la autoridad de los mismos reyes; así es que hubo Pitios, elegidos por ellos mismos para consultar siempre que era necesario á Apolo, referir y custodiar sus respuestas.

Aunque no tenemos tan precisas noticias de las otras ciudades dóricas, no se puede dudar sin embargo de la grande autoridad que ejercía entre ellas el oráculo. Algo menor fué su influencia entre los Jonios, no sabiéndose de cierto si los exégetas de los Atenienses fueron *πορορητοί*; y semejantes á los Pitios de los Espartanos. Las mismas leyes de Solon tampoco se publicaron sin la sanción del dios de Delfos; Platon asegura que de Delfos procedían los ritos de que

Anfictionia. V. PLUT. in Dem. c. 40. POLIB. IV, 25. JUSTIN. XXIV, 1.

(1) PAUSANIAS X., 8, 3. Dos votos asignaron á los Macedonios, Tesalios, Beocios, Focenses, Locrenses, y á las ciudades de Nicópolis y Delfos, uno á Atenas y á los pueblos dorios de la Dóride, y á los Eubeos. De los demás no habla Pausánias.

(2) Frecuentemente también enviaban los Bárbaros á consultarlo, principalmente los Etruscos de Agilla, cuyo tesoro se conservaba en Delfos.

(3) Véase WACHSMUTH II. — C. F. WILSTER, *De religione et oraculo Apollinis delphi*, Copenague 1827; L. ZANDER in *Ersch*; y GRUBER, *Enciclop. art. et litt.* sec. I, t. 23, fueron los primeros que compilaron las fábulas antiguas.

(4) MÜLLER, *Doric*. I, piensa que eran Dorios los principales de Delfos, entre los cuales se elegían cinco sacerdotes (*οἶστοι*): HÜLLMANN por el contrario los cree Tracios. Delfos era libre é independiente; y estuvo gobernada primero por reyes, y después por nobles, entre los cuales se elegían los sacerdotes y los magistrados *πρωταεῖς*, y los *ἀργοντεῖς* senadores. La plebe campesina era casi toda de hierodulos. Los Delficos tenían la posesión del templo bajo la tutela de los Anfictiones; pero muchas veces les fué disputada por los Focenses, de lo que se originó la segunda guerra sagrada. Sin embargo, en la liga anfictiónica no se distinguieron los Delficos de los Focenses hasta el tiempo de Augusto.

se servían los Atenienses para expiar y castigar los asesinatos; y como dicho rito se observaba igualmente por los demás Griegos y provenía sin duda del mismo origen, resulta que el oráculo tuvo no pequeño mérito en la represión de las venganzas particulares, y en la conservación de la paz interior.

En general, mientras la primitiva piedad de los hombres consideró á los dioses como autores y moderadores de todas las cosas, prosperó muchísimo la autoridad del oráculo de Delfos, sirviendo en gran manera para dirigir al bien las costumbres públicas y privadas, y consolidar con leyes é instituciones el estado de la ciudad; y en verdad que no poco contribuyó á que se emprendiese con unidad de fuerzas, con valor y confianza la guerra persa. Sin embargo, no sirvió de mucho para refrenar las discordias intestinas; y aun cuando no faltan ejemplos de controversias entre las ciudades apaciguadas por una respuesta del oráculo, esto sucedía raras veces, y más frecuentemente se nos presentan los ejemplos contrarios, demostrando que el oráculo no impidió semejantes guerras.

Después, y principalmente cuando terminada la guerra del Peloponeso se dividía toda la Grecia en dos facciones enemigas, no solo no sirvió el oráculo para reconciliarlas, sino que favoreció abiertamente á los Espartanos (1); por lo cual no es de extrañar que decayese su crédito entre los enemigos de Esparta, tanto más cuanto que la antigua piedad y la veneración á los dioses cesó de tener fuerza en los ánimos no eximiéndose los mismos sacerdotes delficos de la corrupción general. Porque cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre la naturaleza y el origen de los oráculos, no puede ponerse en duda que los sacerdotes no adquirieron la autoridad con el fraude y la impostura, sino con la santidad, el saber y la piedad; no fingieron las respuestas con astucia, sino por cierto instinto, que indudablemente podrá llamarse error, pero que á ellos les parecía divino, como si verdaderamente fuese inspirado por el mismo dios (2). Cuando después, corrompidos por el favor, por la envidia ó el miedo, y aun por el dinero, principiaron á responder lo que agradaba á los demás ó se les antojaba, necesariamente debieron los oráculos de ser despreciados, y convertirse en objeto de burla, primero para los sabios, y últimamente hasta para el vulgo.

(Extracto de la obra de JORGE FEDERICO SCHÖEMANN, titulada *Antiquitates Juris publici Græcorum*, Gripswald, 1838).

Respecto de los Anfictiones y de los oráculos han escrito entre los Italianos el consejero Mengotti, suponiendo su institución enteramente política: contestóle el consejero Torriceni, con el objeto de demostrar que era enteramente religiosa, y el doctor Ambrosoli concilió ambos pareceres.

Clavier, autor de la historia de los primeros tiempos de la Grecia, en una memoria leída á la Academia de Francia, y también en otras obras, niega que tuviesen parte en los oráculos los prestigios y las ficciones; ántes bien los considera como una poderosa institución política y religiosa, que consagraba las verdades, la legislación y los decretos públicos. Mientras floreció la Grecia tuvieron también ellos muy grande influencia; luego que perdió la importancia política decayeron, y esto sucedió precisamente cuando las sectas filosóficas les hicieron la guerra.

(1) El oráculo sin embargo intervino para que Atenas no fuese destruida. V. *ÆLIAN*. V. H. IV, 6: no sé por qué lo pone en duda Hüllmann.

(2) Sobre la ambigüedad de los oráculos véase la sensata opinión de JACOB I, p. 336, que concuerda en general con WILSTER, p. 55. HÜLLMANN toma esta ambigüedad por signo verdadero de fraude, y cree que los oráculos no eran más que las respuestas del congreso delfico.

(0) pág. 334.

TEOGONÍA DE HESÍODO.

Mucho ántes de Homero y de Hesíodo hubo cantores en la Grecia, y además de estos florecieron otros en la falda del Helicón, en la Tracia mitológica. Entre estos últimos ocupa el primer lugar Hesíodo, del mismo modo que Homero entre los poetas jonios, Heine, Wolf, F. Thiersch y otros, siguiendo al holandés Ruhnken, no vieron en su *Teogonía* más que una compilación indigesta, llena de interpolaciones, y recomendada de fragmentos más antiguos. Al contrario Guignault, en la traducción, ó más bien refundición de la *Simbólica* de Creuzer, cree hallar en ella unidad y concierto. Véase la exposición que hace de esta *Teogonía*.

— Cuando apareció Hesíodo, los símbolos y las leyendas populares de los dioses de Grecia principiaban á ser insuficientes para satisfacer la naciente curiosidad de los ánimos, ávidos de penetrar el arcano del mundo y el origen de las cosas, pero envueltos aun en la forma mítica, y llenos de fe en sus propias creaciones. Estos símbolos y estas leyendas se habían multiplicado de tal suerte, ya en los cultos locales, ya en los cantos de una larga sucesión de poetas, que se había hecho sentir la necesidad de aproximarlos, unirlos, crear entre ellos relaciones, una filiación seguida, y organizar la ciudad de los dioses y su historia como un cuerpo de nación, á la manera que propendían á organizarse las tribus y las ciudades de los pueblos helenos, y á probar con las genealogías y con las instituciones pólitas el origen común.

Hesíodo comprendió la tarea de satisfacer á la vez esta nueva curiosidad y esta necesidad cada día más general de los ánimos, y lo hizo según el genio y las condiciones de su tiempo, como poeta que era, sin más arte que el canto, ni más ciencia que la memoria, pero confiando en la inspiración de las musas, que no faltaba á sus alumnos.

No hay, pues, que buscar en su obra aquella regularidad de conjunto, aquel estricto encadenamiento de pormenores, aquel rigor lógico, en suma, de dibujo y de ejecución que es propio de otros tiempos. Menos todavía debe buscarse en el autor la conciencia clara y completa de la íntima naturaleza del asunto que trata, del sentido de los mitos de que usa, y de los que inventa; la claridad, la madurez de reflexión que distingue el fondo de la forma, la idea del hecho, y que premeditadamente crea fábulas y alegorías. La forma simbólica y mítica que presenta las ideas como personas, las invenciones como hechos, y que construye con ellas, bajo la forma de historias verosímiles, sistemas verdaderos, era todavía en tiempo de Hesíodo la forma misma del espíritu griego: ¿qué extraño es que él la conservase y creyera en ella?

Habiendo acometido la empresa de dar á los Helenos un cuerpo de teología nacional en la época en que se constituían en nación, no hizo un tratado más ó menos dogmático, sino un poema narrativo, una epopeya. Ni podía darse entonces más poesía que la epopeya. Es cierto que ántes que él habían intentado los poetas varios ensayos teogónicos en las diferentes regiones de la Grecia; pero tales ensayos habían sido parciales é incompletos. Hesíodo, que residía en el antiguo foco de la poesía religiosa, que era el heredero de los sagrados cantores del Olimpo y del Helicón, trabajó para toda la Grecia; compiló aquellos anteriores bosquejos; los ordenó como pudo; los transformó sin alterar su fondo, y los desarrolló en un lienzo, tan vasto como sencillo, que puede considerarse obra suya, y pensamiento suyo personal. Como sus antecesores, después de los primeros tiempos y de las primeras tentativas de teogonías parciales creadas por religiones locales, creyó implícitamente en estas his-